

Saliendo de México... todo es chisme

Se dice que nada supera la velocidad de la luz, pero en México —laboratorio hispanoamericano de la indiscreción ilustrada— los científicos jamás han conseguido atrapar el fenómeno cuántico de un “no manches, manita, ¿a que no sabes lo que me acabo de enterar?”. En este país, el rumor es patrimonio inmaterial de la nación: un chisme recién horneado viaja más rápido que un fotón y desconcierta a medio pueblo.

En Cuautitlán, por supuesto, la tradición del mitote es un deporte extremo. Pululan historias que se esparcen como esporas al viento: túneles secretos bajo la catedral que conducen a Tepo; versiones de Cuatlatoatzin reinventadas según el ánimo del narrador; peregrinaciones alcohólicas de Fidel y el Che por las pulquerías del Cuautitlán de antaño; apariciones del chupacabras y del charro negro, la dupla obligatoria de cualquier municipalidad con vocación mítica. Todo ello certificado con la solemnidad del “te lo juro por esta” (clásico con manita levantada).

El chisme es el estado larvario de la leyenda: la protoforma, la célula madre del relato popular. Nace débil, húmedo, apenas sostenido por la emoción y la mala leche, pero si encuentra clima propicio —la vecindad, la plaza, la ruta del Suburbano o un chat de mamás de la primaria— muta, crece, desarrolla alas y se vuelve tradición oral. El chisme describe; la anécdota confirma; la crónica ordena, y la leyenda lo bendice y lo vuelve patrimonio. En México, pues, todo mito empieza como mitote.

Sin embargo, entre tanta leyenda de sobremesa hay una que, por insistente, merece atención mayor: la autoría de la sentencia “Saliendo de México, todo es Cuautitlán”. Frase manoseada, dicha con sorna por generaciones y utilizada como estampa del centralismo que no se disimula, porque desde los tiempos novohispanos la periferia mexicana ha vivido en la lógica de “ustedes allá, nosotros acá”. Ni tren Suburbano ni autopistas contemporáneas ni vialidades elegantes han logrado curar esa fractura emocional. El centralismo, resistente como humedad en casa vieja, continúa imponiendo su jerarquía geográfica y psicológica.

En esta comedia de malentendidos, los cuautitlecos hemos soportado prejuicios caducados con la misma paciencia con que se aguanta a un foráneo que pregunta si todavía nos llamamos Cuautitlán de Romero Rubio o si Cuautitlán México es lo mismo que Izcalli. Uno quisiera responder con diplomacia, pero el alma provincial —educada en el arte de sobrevivir al estigma— solo alcanza a pensar: “Sí estamos en colindancia; namás que juntos, pero no revueltos, compa”.

Y cuando las tertulias dominicales llegan a su clímax aparece el dato que no falta en ninguna mesa: “Esa frase la dijo una mujer bellísima del siglo XIX”. Y entonces emerge del alboroto verbal una figura que parece inventada por novelistas decimonónicos, pero que existió —y cómo existió—: **María Ignacia Rafaela Agustina Feliciano Rodríguez de Velasco Osorio Barba Jiménez Bello de Pereyra Fernández de Córdoba Salas Solano y Garfias**, mejor conocida como **la Güera Rodríguez**, ícono espontáneo, musa involuntaria y detonante de nuestra imaginación popular.

A ella se le atribuye, con ligereza, una sentencia que funciona más como espejo de nuestros complejos urbanos que como verdad histórica. Una frase que revela menos sobre la Güera y más sobre México: un país que, para explicar su geografía, necesita apelar a la ironía y al prejuicio... pero vamos por el principio. ¿Quién era la Güera Rodríguez y por qué dijo lo que dijo o hizo lo que hizo?

En **1778**, la Ciudad de México ya era un tablero de jerarquías y devociones. En vísperas de la caída del imperio español nació **María Ignacia Rodríguez**, linajuda de estirpe criolla con raíces en mayorazgos, cargos municipales y redes de parentesco propias de la aristocracia novohispana. Fue reducida por la posteridad al apelativo de "**La Güera**". Más que la rubiedad heredada, imponía esa luminosidad social característica de las mujeres que entienden su tiempo: era su presencia —nítida, templada, inevitable—. A diferencia de las figuras decorativas de su clase, ella exigía ser vista —y lo lograba— sin salirse "tanto" de la línea del manual social de la época, lo cual es un mérito.

Su formación fue la habitual para una joven de alcurnia: religión estricta, confesión rutinaria, urbanidad memorizada, costura impecable, prácticas de canto y baile, visitas a iglesias que eran mitad devoción y mitad pasarela. Nada extraordinario, salvo el detalle de que María Ignacia aprendió todas esas disciplinas con una facilidad que delataba inteligencia. Y en un mundo donde se celebraba la belleza y al mismo tiempo se desconfiaba del ingenio femenino, esta virtud se convirtió en su primera transgresión.

Lo que los cronistas repiten constantemente es que su personalidad sobresalía sin esfuerzo: alegre, desenvuelta, franca hasta el borde de lo imprudente. La instrucción la volvía "correcta"; el temperamento la volvía inolvidable. **Humboldt** la celebró como una de las mujeres más hermosas que había visto en América. **Fanny Calderón de la Barca** la encontró, décadas después, aún "resplandeciente". La belleza explica parte de su fama; su carácter explica lo demás.

De adolescente, María Ignacia Rodríguez protagonizó la trastada más chilanga imaginable: junto con su hermana solían asomarse al destacamento militar de la Ciudad de México, fascinadas por el ir y venir marcial de los oficiales. En una de esas visitas, la mirada disciplinada del teniente **José Jerónimo Villamil** se cruzó con la curiosidad temblorosa de la joven de quince años, y lo que comenzó como un juego social terminó, por presiones familiares y códigos de honor de la época, en un matrimonio impuesto más que elegido. La huella documental más clara de este episodio aparece en los registros parroquiales de **Cuautitlán**, donde se conserva la solicitud hecha por la propia pareja para que el sacerdote cuautitleco acudiera a la capilla de Betlemitas a celebrar la boda.

Lo que siguió, sin embargo, fue cualquier cosa menos un idilio doméstico: Villamil, celoso hasta la patología, la vigilaba, la acusaba de infidelidades imaginarias y la sometía a una escalada de maltratos físicos y emocionales que culminaron en un episodio extremo —el disparo fallido que él mismo realizó contra ella— documentado en el proceso eclesiástico. Aquello desató un pleito judicial que se volvió tan extenso como vergonzoso: él, desde el rencor, presentó la demanda de divorcio eclesiástico; ella, desde la supervivencia, aportó pruebas de maltrato, celos febriles y episodios de violencia que los testigos confirmaron sin titubeos. El expediente avanzaba de manera burocrática cuando la vida decidió resolver lo que los tribunales no podían: Villamil murió en **1805**, dejando inconcluso el proceso y a

María Ignacia con cinco hijos que criar sola —uno de ellos, **Agustín**, muerto en la infancia—, sin más compensación que el silencio súbito del hombre que había convertido el matrimonio en un calvario.

Tras sobrevivir al infierno conyugal de Villamil, María Ignacia Rodríguez optó por la decisión más sensata en días en que las coronas europeas crujían mientras en América entera se respiraban tiempos de cambio: casarse, en **1807**, con el doctor **Juan Ignacio Briones**, hombre mayor, acaudalado y, lo más valioso en el inventario emocional de la Güera, incapaz de convertir el hogar en un teatro de sospechas. Nada de romanticismo: aquello fue un pacto de supervivencia entre una joven con cinco hijos y un médico cuya respetabilidad servía como salvoconducto en una sociedad hambrienta de apariencias. Pero la historia, siempre tan oportuna, intervino pronto: Briones murió a los seis meses, dejándola viuda, embarazada y —milagro— económicamente estable. Un matrimonio breve, decente y útil.

La estabilidad que dejó Briones fue suficiente para mantener a la familia en pie, pero no para aliviar el desgaste de esos años: un nuevo embarazo, hijos con salud frágil y una ciudad enteramente absorbida por crisis políticas. **Victoria**, la hija póstuma, murió al año y medio, y **Guadalupe** falleció en 1816 después de una larga enfermedad que la Güera mencionaba en documentos oficiales con la frase seca y constante de una madre agotada: “*mi hija se me está muriendo*”. Entre entierros, gestiones y las deudas que arrastraba desde Villamil, María Ignacia se sostuvo con disciplina: colocó a sus hijas en **La Enseñanza**, negoció la administración de haciendas dañadas por el conflicto, defendió los bienes del hijo heredero y enfrentó sus propios padecimientos, que en 1819 la llevaron a dictar testamento desde la cama. Con el tiempo logró reorganizar su patrimonio y recuperar presencia en la vida social de la capital, donde seguía siendo reconocida por su habilidad para moverse entre obligaciones, amistades y ceremonias públicas.

El tercer matrimonio de María Ignacia Rodríguez llegó después de años de enfermedad, pleitos y responsabilidades que sólo disminuyeron cuando sus hijos alcanzaron cierta estabilidad. Tres de sus hijas —**Josefa, Antonia y Paz**— estudiaron en el colegio de La Enseñanza y se casaron dentro del círculo social esperado para su clase, reflejo de que, pese al desgaste acumulado, la Güera logró mantenerlas en la ruta que la élite consideraba correcta.

En medio de esta secuencia de deterioro patrimonial y de la administración incierta de haciendas ocupadas o depreciadas por la guerra, la Güera volvió a casarse en **1825** con **Juan Manuel de Elizalde**, funcionario respetable, doce años menor que ella y —como dirían hoy en día— su *colágeno oficial*, aunque en los papeles figure como esposo legítimo. Más tarde lo elogiaría en su testamento por su honradez y por haberle dado una vida doméstica sin conflictos, algo que no había conocido en décadas. Los años con Elizalde coincidieron con una etapa más serena. Para entonces también había llegado una alegría más sólida que la estabilidad económica: **sus nietos**, quienes aparecen mencionados en documentos como parte del entorno familiar que la acompañaba en esos años finales. Esa presencia cotidiana contrastaba con el deterioro físico que ya mostraba: en uno de los registros tardíos se consigna que **no podía caminar**, una anotación seca que revela el desgaste acumulado pero no la disminución de su influencia.

Fue en ese escenario —rodeada de hijos ya encaminados, nietos que le alegraban los días y un matrimonio tranquilo con su *colágeno* Elizalde— que María Ignacia dictó su testamento de **1850**, agradeciendo la compañía honrada de su esposo antes de morir ese mismo año.

La muerte de María Ignacia Rodríguez cerró la vida real de una mujer compleja y resistente, pero abrió otra mucho más ruidosa: la de su leyenda. Con el tiempo, la Güera dejó de ser la viuda enferma, la madre que enterró hijos, la administradora incansable y la figura respetada en la sociedad capitalina para convertirse en un personaje que nunca existió. Se le cargaron hazañas que no protagonizó, romances que no vivió y una influencia política que los documentos no confirman. Ha llegado el momento de volver al archivo, desmontar el espectáculo y devolverle su lugar verdadero: el de una mujer real, sin disfraces patrióticos ni folclores añadidos, cuya historia merece ser contada sin el ruido que otros fabricaron a su nombre.

Uno de los grandes responsables de que la Güera Rodríguez terminara envuelta en una vida almibarada, llena de guiños sensuales y proezas de alcoba dignas de novela por entregas, fue el cronista **Artemio de Valle-Arizpe**. Escritor respetable, sí, pero también devoto practicante del adorno literario, Valle-Arizpe rescató del olvido a María Ignacia con su libro de 1949 *La Güera Rodríguez*, y lo hizo con la devoción creativa de quien pule un personaje hasta convertirlo en vitrina. Allí la describió casi como una **Mata Hari novohispana**, mezcla de musa irresistible, conspiradora perfecta y heroína oculta detrás de cada suceso político de su tiempo. El problema no fue su imaginación —que era grande y brillante—, sino que cronistas y escritores posteriores repitieron su versión sin detenerse un minuto a revisar archivos, testamentos, litigios o registros parroquiales, como si la historia fuera un eco que sólo necesitaba estilizarse, no verificarse. Y así, la mujer real se perdió entre capas de romanticismo, patriotismo de ocasión y guiños de coquetería que jamás aparecieron en los documentos.

Y como todos queremos gozar esa comodidad que proporciona la certeza —esa sensación de que las historias se sostienen solas sólo porque nos gustan—, aquí van algunos de los chismes que durante décadas se dijeron de la Güera Rodríguez y que hoy, gracias a los documentos, podemos mirar de frente y cuestionar sin miedo a que se nos caiga el encanto. A partir de aquí, toca separar la realidad del adorno, y a la verdadera María Ignacia de la señora fabulosa que otros inventaron en su nombre.

Entonces, vamos **mito por mito**:

1. La irresistible que enamoró a medio hemisferio

Por décadas se repitió que la Güera embelesó a Humboldt, sedujo a Bolívar y trastocó la voluntad de Iturbide. Suena tentador: un salón, un abanico, un intercambio de miradas y todos los grandes hombres del siglo cayendo rendidos.

Pero los documentos son menos teatrales.

Humboldt la conoció en tertulias, la trató con respeto, conversaron; hasta ahí.

Bolívar nunca la vio.

Iturbide aparece sí, pero en asuntos familiares y legales, no como protagonista de un folletín romántico.

El mito nació porque México siempre ha tenido debilidad por las mujeres “legendarias” que funcionan como metáfora del país: bellas, astutas, peligrosas, imprescindibles. La Güera cumplía el perfil

2. La conspiradora mayor de la Independencia

También se dijo que manejaba reuniones clandestinas, financiaba sublevaciones, dictaba claves secretas y casi coordinaba el movimiento insurgente.

La realidad es menos cinematográfica: **ayudó en ciertos momentos, dio apoyo puntual, protegió intereses familiares, y negoció sobrevivir en un mundo donde cada bando podía arruinarla.** Nada más y nada menos.

Los excesos interpretativos vinieron después, cuando era más fácil inventar que revisar. Así nació la Güera “patriota perfecta”, personaje útil para discursos de salón y para novelas románticas que necesitaban una heroína con tacón alto.

3. El juicio fatídico ante la Inquisición

Durante décadas se enseñó que la Güera enfrentó a la Inquisición con valentía teatral: que los inquisidores temblaron, que ella contestó con ironía y que casi ganó el juicio con puro ingenio.

En los papeles no aparece nada así.

Nunca hubo un juicio formal.

Lo que hubo fue un proceso administrativo, declaraciones, un destierro por “perturbar la quietud pública”, sospechas vagas y más burocracia que dramatismo. La famosa escena de la Güera retando al Santo Oficio la inventó el siglo XX, no el XIX.

4. La autora intelectual del Plan de Iguala

Se dijo que conspiró con Iturbide, que él la consultaba todo, que ella —entre abanicos y confidencias— le dictó medio proyecto político.

El origen del mito está clarísimo: **Vicente Rocafuerte**, enemigo público de Iturbide, escribió aquello como arma retórica. Y el siglo XIX, experto en magnificar rumores con levadura, repitió la idea.

Los cronistas serios de la época ni siquiera la mencionan en ese contexto.

5. La mujer con una lista interminable de amantes

Aquí los mitómanos se dieron vuelo: clérigos, generales, diplomáticos, científicos, poetas... según decían, nadie escapó a su encanto.

En los documentos, la lista es muy distinta:

- un matrimonio violento que produjo acusaciones delirantes de celos;
- años de viudez llenos de enfermedad y gestiones;

- y un tercer matrimonio estable y tranquilo.

El resto fue obra de Valle-Arizpe y sus herederos literarios, fascinados con la idea de una cortesana novohispana que jamás existió.

6. La republicana anticlerical

A la Güera la pintaron como enemiga del clero, promotora de la ideología moderna, casi liberal doctrinaria.

El archivo dice lo contrario:

católica devota,

activa en juntas de caridad,

cercana a clérigos,

participante en obras piadosas.

Su vida pública fue más asistencial que política, más social que ideológica.

7. Iturbide desviando el desfile para saludarla

Este mito es una joya: Iturbide entra triunfal a la capital y ordena cambiar la ruta para pasar frente a su balcón... por amor.

La fuente original es **Guillermo Prieto**, escribiendo muchos años después y citando recuerdos de personas que ya habían muerto.

No existe ni un solo documento contemporáneo que confirme esa escena.

Pero la imagen era tan buena que México decidió adoptarla como si fuera postal oficial.

8. La Güera como modelo de la Virgen de los Dolores

Durante décadas se repitió con devoción casi religiosa que la imponente Virgen de los Dolores de Manuel Tolsá —la de la Profesa— tenía por rostro a la célebre Güera Rodríguez. Una imagen irresistible: la gran dama novohispana inmortalizada en mármol como emblema de dolor y virtud. Pero la fuente es tardía y la atribución, equivocada. Los registros y testimonios recopilados muestran que **la modelo no fue María Ignacia, sino su hija Paz**, cuyo rostro quedó ligado a la escultura por la memoria familiar y luego confundido por cronistas y divulgadores posteriores. La confusión prosperó porque encajaba perfecto con el aura legendaria de la madre, pero los documentos son claros: **la Virgen no es la Güera** —aunque el mito, por hermoso y conveniente, siga apareciendo como si lo fuera.

9. MITO: La Güera Rodríguez acuñó la frase “Saliendo de México, todo es Cuautitlán”.

De todos los chismes simpáticos que se le endilgaron a la Güera, este es uno de los más persistentes. La frase, tan citadina y tan efectiva como remate, terminó cargada en la canasta de ocurrencias que algunos cronistas repiten sin preguntar de dónde salieron. Y aquí aparece, otra vez, **Artemio de Valle-Arizpe**, quien en su libro de 1949 decidió atribuírsela a María Ignacia como si fuera un destello espontáneo de su ingenio. Lo problemático no es la frase —que es buena— sino que **no existe ningún documento**,

carta ni testimonio contemporáneo que respalde que ella la pronunciara. La cita nació de la pluma de Valle-Arizpe y de ahí se recicla como si fuera verdad revelada.

Lo que sí podemos afirmar, y con archivo en mano, es que **la Güera conocía Cuautitlán**, y no de oídas. En los registros parroquiales aparece la solicitud para que el sacerdote de **Cuautitlán** acudiera a la capilla de Betlemitas a casarla con Villamil, lo que implica, al menos, trato directo con la villa y sus autoridades eclesiásticas. Ese rastro burocrático —tan pequeño y tan concreto— basta para situarla en la ruta, para imaginarla atendiendo asuntos familiares o cumpliendo las exigencias de su accidentado matrimonio. Cuautitlán formaba parte de su vida real, no de su leyenda, y aparece en los papeles justo donde debe aparecer: en las obligaciones prácticas, no en las frases ingeniosas.

Así que no, **la Güera no inventó la expresión**.

Pero si la hubiera dicho, habría encajado perfecto: porque Cuautitlán siempre ha sido **ese muchacho “feo con estilo”**, el que se queda en la memoria aunque uno no quiera porque tiene un noseque que resulta atractivo.

Y curiosamente, la frase —ya liberada de madre conocida— terminó encontrando destino en manos de los escritores que mejor entendieron el encanto inexplicable de los pueblos que rodean la capital. **Amado Nervo**, siempre atento a la musicalidad del paisaje, la retomó para introducir una de sus estampas más citadinas, convirtiéndola en marco poético del camino hacia el norte. Su prosa la reviste con un aire de tránsito y nostalgia:

Saliendo de México todo es Cuautitlán. Saliendo de París, todo es México.

Para no hacer comparaciones, mejor es quedarse en Cuautitlán.

Así no se olvida el castellano, ni se destroza el francés.

En cuanto a las bicicletas, polainas y flores para el ojal, también las hay aquí en Cuautitlán.

¿Por qué ir, pues, a la capital de Francia?

Y más adelante, **Efraín Huerta** la llevó a su mínima expresión contundente, como quien deja caer una verdad en cinco renglones que ya no necesitan explicación:

Lo dicho

Fuera
Del Metro
Todo es
Cuautitlán.

Quizá durante años hemos malinterpretado a **Artemio de Valle-Arizpe**, o, peor aún, lo leímos con una expectativa que él nunca pretendió satisfacer. Su retrato de la Güera Rodríguez se convirtió en una fuente “histórica” por pura costumbre, cuando en realidad el propio autor dejó claro, desde las primeras páginas, que lo suyo no era un tratado documental ni una biografía estricta, sino una recreación sensible, caprichosa y literaria. Antes de cualquier capítulo, antes incluso de entrar en la vida de María Ignacia, Valle-Arizpe nos dejó una advertencia franca que muchos pasaron por alto. La colocó en la **Isagoge**, ese umbral donde los escritores dicen exactamente qué están a punto de hacer.

Y allí escribió:

ISAGOGE

EL PROPÓSITO de este relato es presentar un momento de la sensibilidad mexicana en torno a una de las figuras más brillantes. Como esta figura nos parece rodeada de episodios un tanto cuanto picarescos que dan al cuadro de época su íntima y acabada razón, se ha preferido que este libro circule sólo entre contados estudiosos del pasado mexicano, que seguramente se acercarán a él con el mismo ánimo candoroso que ha inspirado al autor. Nadie ha querido aquí halagar bajos estímulos. Digamos como Montaigne: "este es un libro de buena fe".

A. de V-A

Y si algo hay que reconocerle a Artemio de Valle-Arizpe es que, más allá de sus licencias históricas, **sabía contar historias deliciosas**. Su libro sobre la Güera Rodríguez no es sólo una biografía ornamentada: es una colección de escenas chispeantes, ocurrencias de salón, exageraciones deliciosas y estampas tan sabrosas que uno se sorprende de que no las hayan convertido en teatro. Valle-Arizpe no escribe: *se divierte*, y esa diversión se contagia.

Por eso, más allá de la precisión documental, su obra vale la pena por pura gozadera literaria. Es el tipo de libro que uno abre con el ceño fruncido —esperando historia seria— y termina leyendo con sonrisas cómplices, porque ahí está el autor, guiñando el ojo, inventando picaresca, soltando anécdotas que no piden permiso para existir. Y dentro de esas páginas aparece una de las historias más divertidas y extravagantes que dejó sobre la Güera Rodríguez, contada con ese estilo suyo que pareciera mezclar crónica de sociedad, chisme bien vestido y novela de enredos.

Así que, antes de desmontar mitos o poner los pies sobre el archivo, vale la pena recordar que **Valle-Arizpe nos dio un libro sumamente entretenido**, un retrato literario que debe leerse con el mismo espíritu con el que fue escrito: sin solemnidad, con placer, con la conciencia de que la historia también puede reírse.

Y ahora sí, para muestra, aquí va el pequeño relato que acompañaba aquella versión juguetona de la Güera...

Se contaba que un fulano de por el barrio popular de Peralvillo, prieto él, reparado de un ojo, feísimo de rostro en el que se veía el indeleble adorno de una ancha y roja cicatriz de cuchillada, hallábase prendado furiosamente de la Güera Rodríguez, a quien se le quedaba viendo embobado con la dulce mirada lagrimeante de su único ojo. Como para él era cosa imposible el acercársele por la enorme distancia social que los separaba, discurrió, para hacerla suya, llamar al diablo y darle el alma a cambio del celestinesco servicio.

Una noche bien oscura se fue el tal por uno de los muchos descampados de ese barrio bajo y en el suelo hizo un círculo con una vara de acebo dizque cortada precisamente el último amanecer del año, día de San Silvestre, y en el palo ese enredó buen trozo de una cuerda de ahorcado. Dentro del círculo puso unos signos enigmáticos que por paga le había enseñado a trazar un brujo de por ahí; luego roció todo aquello con la sangre de un gallo

prieto nacido el mes de octubre y al cual en ese mismo sitio le retorció el pescuezo. Apenas había acabado de recitar a sovoz la nefanda invocación, misteriosísima y eficazísima, cuando oyó un grande estruendo, multiplicado por los ecos, así como de palos que se caían unos sobre otros, y de entre una gran humareda muy pestilente surgió un diablo que a pesar de la tenebrosa oscuridad se veía bien claro que era muy espantoso, con el cuerpo de color verde de rana, cola movediza y altos cuernos.

El enamoradizo sujeto sin inmutarse, ni con temblores en el corazón ni menos en la voz, le dijo muy decidido:

—Diablo, dame veinte mil pesos que necesito, tráeme a la Güera Rodríguez que necesito mucho más y en cambio te daré mi alma.

El horribilísimo demonio respondió:

—Oye tú, no me ofrezcas tu recochina alma que ya es mía por todo lo que haces a diario. ¡Si quieres tener dinero, trabaja para que lo ganes, grandísimo sinvergüenza, y en cuanto a la Güera Rodríguez, para mí la quisiera, tuerto desgraciado! Al decir el maligno cada una de estas palabras, le salían como largas fosforescencias de la boca y al terminar la filípica oyóse otro gran ruido de palizada que se derrumba sobre hojalatas, brotó de la tierra una alta columna de humo pestífero en la que de un salto se metió el infernal señor y junto con ella se deshizo, pero dejó, como todo demonio que se respeta, un fuerte olor de azufre. A lo lejos sonó gran risotada.

—Demonio, anda y tizna a tu madre —dijo concisamente el despechado media luz y lanzó al aire un brazo en un amplio ademán de desprecio, y para más acentuar este desdén echó gruesa escupitina por un colmillo y se fue muy triste a su casa.

Conclusión

Al cerrar el archivo, lo que queda no es la Venus mexicana que imaginaron algunos autores ni la musa que torcía desfiles y dictaba conspiraciones. Lo que emerge es una María Ignacia Rodríguez más interesante que su leyenda: una mujer que sobrevivió a un matrimonio violento, administró haciendas en plena guerra, crió hijos y enterró a otros, sostuvo pleitos legales durante décadas, participó en obras de caridad, mantuvo amistades influyentes y, aun enferma y sin poder caminar, siguió generando respeto en la vida social de la capital.

Durante mucho tiempo conocimos más del **mito** que de la mujer real. Se le llamó incluso “madre de la patria”, se le adjudicó un papel decisivo en la insurgencia —cuando en realidad su participación fue puntual y, muchas veces, motivada por la protección de sus propios intereses—, y se le colocó en una dimensión histórica que no correspondía con los documentos. Paradójicamente, la memoria colectiva le otorgó un estatus **más alto que el de Epigmenio González**, el insurgente olvidado que sufrió prisión y destierro por un movimiento al que ella apenas se asomó.

A lo largo del tiempo, distintos autores la moldearon según las necesidades de su época: **Guillermo Barba** la exaltó como si fuera la primera feminista de México en *La conspiradora*; otros escritores más mediáticos, sin credenciales académicas, la transformaron en heroína,

libertina, estratega o visionaria dependiendo de cuánta espectacularidad necesitara su libro. **Juan Miguel Zunzunegui**, por ejemplo, la convierte en personaje de una saga vendible donde el morbo funciona como anzuelo narrativo. Y así, la Güera terminó siendo lo que cada autor quiso que fuera.

La verdad es que María Ignacia vivió en un país profundamente inestable: presencié **el golpe de Iturrigaray** (cuando comerciantes peninsulares derrocaron al virrey en 1808 en uno de los primeros quiebres de autoridad del régimen español), la consumación de la independencia, las tensiones entre liberales y conservadores, y hasta, ya en la vejez, los años previos a la guerra contra Estados Unidos. Quienes después escribieron sobre ella aprovecharon ese torbellino histórico para inflar su figura y darle un papel que la documentación no confirma.

La Güera real no necesitó inventos para brillar: le bastaron la inteligencia práctica, la resistencia cotidiana y esa mezcla de gracia y firmeza que la mantuvo visible en un siglo donde pocas mujeres podían permitirse una voz. Si la mitología la convirtió en un símbolo, el archivo la devuelve a su verdadera dimensión: **una mujer fuerte, compleja, lúcida y absolutamente capaz**, que navegó entre crisis, amores difíciles, responsabilidades familiares y transformaciones políticas sin perder su lugar.

Quizá no cambió el rumbo de la Independencia ni sedujo al hemisferio, pero dejó algo más durable: **una vida documentada que se sostiene sola**, sin adornos, sin exageraciones, con la fuerza de lo que realmente vivió. La historia que cuentan los papeles es suficiente para reivindicarla, porque allí —entre testamentos, litigios, cartas y registros parroquiales— aparece una mujer que no necesitó mito para ser memorable.

Eduardo Salvatori, Cronista municipal de Cuautitlán

Fuentes:

Valle-Arizpe, A. (1949). *La Güera Rodríguez*. México.

Arrom, S. M. (2019). *La Güera Rodríguez: La construcción de una leyenda* [Artículo académico]. Brandeis University.
(Fecha de recepción: 5 de noviembre de 2018; fecha de aceptación: 9 de enero de 2019).

ADN Noticias. (2025, octubre 6). *Cuautitlán Izcalli III – El Foco* [Video]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=MLOSUQBBkJ4>

Huerta, E. (2014). *Poemínimos completos*. Fondo de Cultura Económica.

Nervo, A. (1895, diciembre 26). *En este país*. **El Nacional**, Ciudad de México.

Documentación parroquial y civil del periodo (testamentos, litigios y registros sacramentales citados en el texto).